

«Las aclamaciones unánimes que rodean su cuna, dice, no me impiden reflexionar sobre el destino de aquellos que nacieron en el mismo lugar y en circunstancias análogas. Si espero que su suerte sea más feliz, es primeramente porque, confiando en la Providencia, no puedo dudar de su protección al verla levantar de nuevo, por un concurso de circunstancias extraordinarias, cuanto le plugo abatir cuarenta años ha, cual si hubiese querido envejecer por el martirio y la desgracia á una nueva dinastía que sale de las filas del pueblo. Además, la historia tiene enseñanzas que no olvidaré nunca, y me dice por una parte que no se ha de abusar jamás de los favores de la fortuna, y por la otra que una dinastía no tiene probabilidades de estabilidad sino manteniéndose fiel á su origen, ocupándose únicamente de los intereses populares para los cuales fué creada. Ese niño, al que consagran en su cuna la paz que se prepara, la bendición del Padre Santo, traída por la electricidad una hora después de su nacimiento, y por último, las aclamaciones de ese pueblo francés al que *el Emperador amó tanto*, ese niño, repito, será digno, así lo espero, de los destinos que le aguardan.»

Veamos ahora en qué empleó Napoleón III la noche del 18 de marzo. Uno de los héroes de Crimea, el general Bosquet, es quien nos lo dirá en la siguiente carta, escrita el 19: «Querida madre: Anoche hubo fiesta de familia en las Tullerías, y tú faltabas. El emperador mandó que me enviaran, á las cinco y media, una orden para ir á comer á su mesa aquella misma noche.... Encontré allí á Canrobert y solamente los oficiales de servicio. El emperador llegó al salón de espera con la mayor sencillez, y nos condujo á la mesa, llevando á Canrobert á la derecha y á mí á la izquierda. Durante la comida, el soberano habló mucho de acústica y de fenómenos relativos á este ramo de la física, después de lo cual dijo: — Señores, haced que os llenen las copas de champaña, pues quiero brindar hoy por dos buenos amigos que están á mi lado, por el *mariscal* Canrobert y el *mariscal* Bosquet. — Y hétenos aquí á los dos muy sorprendidos, sin voz casi, buscando la mano de S. M., que nos la ha ofrecido con la más graciosa sencillez. Al levantarnos de la mesa, el Emperador ha ido á las habitaciones de la Emperatriz, y nosotros hemos bajado al gabinete de los ayudantes de campo de servicio, donde te he dirigido dos palabras por telégrafo. Hubiera querido seguir el alambre como el fluido para estrecharte después en mis brazos, buena madre, deseándote un tranquilo reposo con los sueños más dulces para tu corazón.

»Todos me hablan aquí de ti, todos saludan á la madre de un mariscal de Francia, y saben bien que sobre ella recae el mérito de mi situación. ¡Bendito sea Dios, justo y bueno, puesto que ha permitido al hijo honrar á su madre y hacerla objeto de las felicitaciones de todas las madres de Francia! Para ti, buena madre, uno de esos momentos en que no se habla, pero en que tu cabeza se apoya sobre mi hombro.» Napoleón III no podía celebrar el nacimiento de su hijo mejor que concediendo el bastón de mariscal á los valerosos militares que tan dignos se habían hecho de esta recompensa.

XLIX

CONSIDERACIONES

En 1856, Napoleón III parecía un monarca bastante fuerte para ser clemente y bastante poderoso para ser moderado. La fortuna, al principio tan severa para él, le colmaba, le abrumaba á favores; y el hombre privado no se consideraba menos feliz que el emperador, pues para él eran todos los triunfos y todas las alegrías. No cesaban de repetirle que su trono era inquebrantable, y que su dinastía se había consolidado para siempre; mas en medio de su triunfo, aquel árbitro de Europa, como entonces le llamaban sus cortesanos, permanecía siempre tranquilo y modesto. Lord Clarendon decía de él durante el congreso: «Me parece mejor y mejor á medida que le conozco más.» Sin embargo, el segundo Imperio tendrá su edad de hierro; 1856 era su edad de oro.

Refiriéndome al período deslumbrador de que fuí testigo, no puedo menos de experimentar un sentimiento de melancolía y de tristeza. Hombres y cosas sugieren las mismas reflexiones dolorosas, y me pregunto de qué han servido tantas agitaciones, tantos esfuerzos y sacrificios. ¿Qué ha quedado de los personajes y de los acontecimientos de que acabo de hablar? Los ocho ministros de Negocios extranjeros que fueron mis jefes en tiempo del Imperio, y los catorce plenipotenciarios de los Congresos de París, todos aquellos hombres, cuyo rostro creo ver todavía y cuya voz me parece oír aún, han muerto ya. ¡Cuántas transformaciones súbitas se han sucedido en la escena del mundo! ¡Cuántas mudanzas presenciadas! Diríase que se producen al silbido de un maquinista invisible; y esto me hace recordar las palabras de la *Imitación de Jesucristo*: «¡Oh, qué pronto pasa la gloria del mundo!»

¿Dónde están ahora los resultados de esa guerra de Crimea, tan tenaz y tan heroica? Malakoff, el Pequeño Redán, el mamelón Verde, el baluarte Central, el Gran Redán, el baluarte del Mástil: ¿qué ha sido de todas esas fortalezas, atacadas y defendidas con tal encarnizamiento? Ni siquiera ha quedado de ellas un vestigio. Y del teatro de tales hecatombes no subsisten más que los cementerios, donde los combatientes reposan en el eterno sueño de la muerte. Meditando sobre esas luchas gigantescas, natural es preguntarse hoy si los pueblos tienen derecho para matarse unos á otros, cuando ningún odio alimentan en sus corazones, y cuando asuntos discutibles de equilibrio ó de diplomacia son los únicos que les ponen las armas en la mano. Algunos años bastan para cambiar

todas las piezas del ajedrez en el tablero europeo; todo es incertidumbre, contradicción é inestabilidad en las alianzas; se desea lo que se teme, y se teme lo que se desea. Francia hizo la guerra para que Rusia perdiera su posición en el mar Negro; esta nación la ha reconquistado hoy, y Francia, lejos de contristarse, regocíjase de ello. Los hombres creen ser dueños de los acontecimientos, pero en el fondo no son más que sus esclavos.

La historia de Francia en el siglo XIX no es más que un desengaño perpetuo.

En el momento de nacer el príncipe imperial, Napoleón III tenía mucha razón al hacer un examen filosófico del pasado. Cuarenta y cinco años antes, casi día por día, el 20 de marzo de 1811, había nacido un niño cuya venida al mundo causó los arrebatos de entusiasmo más apasionados y más numerosos aún; y el presidente del Senado decía entonces al gran emperador: «Vuestros pueblos saludan con unánimes aclamaciones á ese nuevo astro que acaba de aparecer en el horizonte de Francia, y cuyo primer rayo disipa hasta las últimas sombras de las tinieblas del porvenir.» ¡El porvenir! El de aquel niño tan aclamado era que debía ser otro Astyanax, que privado, no solamente de sus títulos de príncipe imperial y de rey de Roma, sino de su nombre de Napoleón y de su apellido Bonaparte, no se llamaría ya más que Francisco, duque de Reichstadt, y moriría, muy joven aún, en el destierro sin haber vestido nunca más que el uniforme austriaco.

Nueve años y medio después de nacer el rey de Roma — el 20 de septiembre de 1820, fiesta del arcángel San Miguel, uno de los protectores de Francia, — había nacido otro niño á quien el nuncio del Papa, al felicitar á Luis XVIII, dió el título de *Hijo de Europa*. Víctor Hugo y Lamartine templaban sus liras en honor suyo, y el primero decía:

«No tememos ya las tempestades; arrostremos el horizonte amenazador, pues las culpas que pesaban sobre nosotros quedan redimidas por el inocente. Cuando los nautas, durante una tormenta, veían en otro tiempo la ola espumosa entreabrir su frágil barco, seguros de la clemencia eterna, suspendían una cuna en la nave criminal para salvarla.»

Y Lamartine exclamaba:

«¡Nació el hijo del milagro! Heredero de la sangre de un mártir, nació de un oráculo tardío y de un último suspiro. A los acentos del bronce que resuena, Francia despierta y se asombra al ver el fruto que la muerte trajo. ¡Caprichos de la suerte, divinas maravillas! Así florece en las ruinas el lirio que el huracán arrastró.»

¿Qué ha sido el *hijo de Europa*, el *hijo del milagro*? Un proscrito.

Diez y ocho años después de haber nacido el duque de Burdeos, el 24 de agosto de 1838, el conde de París venía al mundo, igualmente en el palacio de las Tullerías; y Alfredo de Musset, antiguo condiscípulo y amigo del duque de Orleans, celebraba al recién nacido:

«Su valeroso abuelo es ese rey popular á quien se ve ocho años ha, cual osado piloto, mostrarnos el camino sin temor ni enojo. Su padre está cerca del trono, con la espada en la mano, y todos los desgraciados saben quién es su madre.»

Menos de diez años después, el conde de París marchaba al destierro; así él como el duque de Burdeos no tenían más de diez años cuando comenzó su proscrición.

Napoleón III recordaba todas las lecciones de la historia cuando al día siguiente del nacimiento de su hijo reflexionaba, en las Tullerías, «sobre el destino de aquellos que habían venido al mundo en el mismo lugar y en circunstancias análogas.» Como el rey de Roma, como el duque de Burdeos, como el conde de París, el príncipe imperial era cantado por los poetas, que le pronosticaban á porfía la más maravillosa fortuna.

Teófilo Gautier había dicho:

«¡Oh, qué brillante porvenir prepara para su hijo Napoleón el pacífico, consagrado por el voto del pueblo!»

Y Camilo Doucet:

«Se acabaron las horas de duda..., las locas inestabilidades; no se han de temer ya peligros, ni tampoco cunas perdidas en el camino, ni tronos desheredados.»

Aquellas poesías no eran seguros presagios; mas en cambio había una dirigida á Napoleón III por Víctor Hugo, y que se hubiera podido dedicar á Napoleón IV. Contenía estrofas verdaderamente proféticas y una predicción exacta del 4 de septiembre, del sitio de París y de los desastres de la gran capital.

«¡Oh!, la gran cuestión es mañana! ¿Qué sucederá mañana? El hombre siembra hoy la causa; mañana Dios madura el efecto: es el relámpago sobre el velo; es la nube sobre la estrella; es el traidor que se descubre; es ariete que bate las torres; es el astro que cambia de zona; es París que sigue á Babilonia: mañana es el pinabete del trono; hoy es su terciopelo.»

Napoleón II murió vistiendo el uniforme austriaco; Napoleón IV morirá bajo el uniforme inglés. La Providencia reservaba el mismo destino á los cuatro príncipes nacidos en el palacio de las catástrofes: la proscrición. Desterrados hasta en la tumba, tienen su sepultura, el rey de Roma en Viena, en el panteón de la iglesia de los Capuchinos; el duque de Burdeos en Goritz, en el de la iglesia de los Franciscanos; el príncipe imperial y el conde de París en Inglaterra, uno en la capilla de Farnborough, y el otro en la de Weybridge.

Pero en Francia no basta que las dinastías sucumban, sino que es preciso que la fatalidad persiga á las cosas como á las personas. En los demás países se respetan cuando menos los monumentos; pero entre nosotros, un furor iconoclasta impulsa á la destrucción. Se podría formar una larga lista de los palacios que han sido arrasados hasta el suelo; y diríase que se ha tenido como un placer

en confirmar estas palabras de Chateaubriand: «Las destrucciones de los hombres son más violentas que las de las edades: las segundas minan; las primeras destruyen: *Tempus edax; homo edacior.*»

No es suficiente que el segundo Imperio haya desaparecido: su palacio de invierno y su palacio de verano fueron destruídos también. ¿Qué ha sido del soberbio edificio que ocupaba tan bien su lugar en ese grandioso cuadrilátero formado por el Arco de Triunfo, la Magdalena, el palacio del Cuerpo legislativo y las Tullerías, y que representaban la gloria, la religión, la ley y la autoridad? Tan fácil era reparar el palacio legendario como levantar de nuevo la columna de Vendome; pero no se quiso hacerlo. Se han contentado con restaurar los pabellones de Marsán y de Flora, que por lo menos quedan como un recuerdo del palacio demolido.

En Saint-Cloud han sido más desapiadados aún con las ruinas: de tal modo se encarnizaron contra sus últimos vestigios y tan completamente se destruyeron, que el extranjero que se pasea hoy por el parque se debe preguntar dónde se hallaban. *Et campos ubi Troja fuit.* Destruir, parece ser en nuestros días el santo y seña de los arquitectos.

En el momento de escribir estas líneas, en los Campos Elíseos el palacio de la Industria cae bajo la piqueta de los albañiles: todas las mañanas veo la obra de destrucción que progresa con una rapidez inexorable, y evoco los espectáculos de gloria y de prosperidad de que fué teatro ese palacio, tan pronto condenado.

Recuerdo los días de triunfo, el 15 de noviembre de 1855 y el 1.º de junio de 1867, en el que Napoleón III distribuyó solemnemente las recompensas á los pacíficos vencedores en ambas Exposiciones universales. La ceremonia de 1867 fué particularmente magnífica. El emperador salió de las Tullerías á las dos en un brillante coche, tirado por ocho caballos, para ir al palacio de la Industria; y á la misma hora el sultán Abdul-Aziz, ocupando, como Napoleón III, un coche de ocho caballos y seguido de un soberbio séquito, partía del Elíseo con destino al mismo punto. En el palacio de la Industria, el vencedor de Magenta y de Solferino fué á sentarse á un estrado, donde tuvo á su derecha al sultán y á su alrededor los príncipes de Gales, de Orange y de Sajonia, la gran duquesa María de Rusia, el príncipe de Prusia (futuro emperador Federico III), el príncipe Humberto (futuro rey de Italia) y el duque de Aosta. El emperador celebraba en un magnífico discurso «la nueva era de armonía y de progreso.» La emperatriz estaba allí en todo el brillo de su belleza, y cuando el príncipe imperial entregaba á su padre el premio concedido por el jurado internacional al omnipotente monarca, por las granjas modelo y las habitaciones para obreros, resonó una triple salva de aplausos.

¡Desde aquel día, cuántas solemnidades, cuántas exposiciones de todo género, cuántos concursos hípicas bajo las bóvedas del palacio que sucumbe después de haber prestado tantos servicios á París! ¡Ay! ¡El último habrá sido servir de

asilo á los cadáveres de las víctimas del Bazar de la Caridad! A la luz de las hachas, desgraciados padres trataban, con frecuencia en vano, de distinguir entre la confusión de los muertos los cuerpos pulverizados, carbonizados, desconocidos hasta de los ojos mismos de los parientes.

¡Qué fin tan lúgubre para ese palacio, arrasado al cabo de cuarenta y dos



El sultán Abd-ul-Aziz

años de existencia! Tratándose de un monumento, es morir muy joven. ¿Se hubiera creído ver desaparecer tan pronto ese templo de las artes y de la industria, donde la civilización y el progreso se habían ostentado con tanta brillantez?

De un aniversario me acuerdo ahora al terminar este capítulo. Hoy, 14 de junio, hace cuarenta y un años que el bautizo del príncipe imperial se celebró en Nuestra Señora. Aquel día vestí por primera vez el uniforme de diplomático; y desde entonces ¡cuántas metamorfosis, cuántos cataclismos he presenciado! En nuestra época, profundamente perturbada, se necesitaría un Bossuet para hacer

la oración fúnebre, no de tal ó cual personaje, sino de dinastías enteras; y un Massillón para escribir, no ya ante el ataúd de un solo monarca, sino ante los restos de las monarquías y de los imperios: «Únicamente Dios es grande, hermanos míos.» Y al pensar en tantas esperanzas desvanecidas, en tantas agitaciones estériles, en tantas decepciones dolorosas, recuerdo los versos de Perse:

«¡Oh, cuántas preocupaciones en los hombres! ¡Oh, cuánta vanidad en las cosas!»

O cuas hominum, o quantum est in rebus inane.

L

LA CORTE DEL SEGUNDO IMPERIO (1856-1858)

Para dar una idea exacta de los personajes que han desempeñado un gran papel, conviene, en vez de hacer de ellos un solo retrato, representarlos en las diversas fases de su carrera. Viejos y enfermizos, no fueron ya, tanto en lo moral cuanto en lo físico, lo que eran cuando jóvenes y sanos. Entre los períodos de una misma existencia hay tantas diferencias como entre las estaciones de un mismo año. Al evocar las impresiones y los recuerdos de nuestros contemporáneos, procuraremos hacer revivir la figura histórica de Napoleón III tal como la hemos visto de 1856 á 1859, y creemos que las personas que vivían en París en aquella época encontrarán el retrato muy parecido.

Al día siguiente del nacimiento del príncipe imperial, el segundo emperador era un hombre feliz y que gozaba de su ventura. A la sazón no había en su rostro y en su corazón nada de triste y melancólico. Apareciendo en Roma bajo el aspecto de un nuevo Carlomagno, en toda Europa como un árbitro y un pacificador, no pensaba en las pruebas dolorosas de su infancia y de su juventud, sino para compararlas con su prosperidad presente, y aun no preveía ninguna de las catástrofes que le preparaba el porvenir.

Los príncipes que, nacidos en las gradas del trono, jamás han conocido la adversidad, disfrutan menos del poder que un hombre como Napoleón III para quien la fortaleza de Ham fué el vestíbulo de las Tullerías. Tan criticado, becado y escarnecido en otro tiempo, tan adulado y ensalzado era en 1856. Los extranjeros, quizás aún más que los franceses, eran sus cortesanos.

He aquí el despacho telegráfico que, fechado el 23 de marzo de 1856, dirigía el mariscal Pelissier desde Sebastopol al ministro de la Guerra:

«Hasta la mañana del domingo 23 no hemos recibido vuestro despacho del 16 noticiándonos el feliz alumbramiento de S. M. la emperatriz y el nacimiento del príncipe imperial. Una salva de ciento un cañonazos, disparados al mediodía simultáneamente por los ejércitos francés, inglés y sardo y por las escuadras, celebraba esta noticia. Al propio tiempo, en todos los cuerpos de ejército se cantaba un *Te Deum*, al cual asistían todas las tropas. Durante el día, los generales en jefe de los ejércitos inglés y sardo se han presentado á darme parabienes que os ruego depositéis juntamente con los míos y los de los generales á mis órdenes á los pies de SS. MM. II. Nuestros soldados han terminado estos días á los